

El Colegical

AÑO I
1 DE DICIEMBRE DE 1941
N.º 35

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS JUEVES)

PRECIO
\$1-





EL CHERCAN

CLASE AVES

(TROGLODITO MAGALLANICUS)

En la Revista Chilena, de Historia Natural, hemos hablado de la grande utilidad que presta esta avecita, aquí nos referiremos a esta utilidad, para que los lectores la protejan como una especie que merece toda protección, por ser verdaderamente útil y digna por ésto de todo nuestro cuidado, especialmente en la época de su reproducción; por ignorancia y supersticiones ridículas se le destruye su nido y se matan sus hijos.

Es un ave que habita todo Chile, desde Tacna a Magallanes; desde la costa hasta las altas montañas, y aun se le encuentra en los jardines centrales de Santiago y demás grandes ciudades. Su alimentación es exclusivamente insectívora; de aquí su utilidad grande para la agricultura. Al Chercán jamás se le ha sorprendido cazando abejas de miel o coccinélidos. Cuando presta mayores servicios es en la época de su reproducción. Dá dos o tres generaciones en el año. Durante este tiempo el Chercán destruye diariamente muchos cientos de larvas dañinas de Lepidópteros, de hemípteros y otros insectos pequeños, perjudiciales. Observaciones hechas cuidadosamente han demostrado que pasan de miles los insectos destruidos en un día por una pareja de chercanes. De modo que estas aves tan chiquitas son utilísimas y están dotadas de una actividad asombrosa, trabajan sin descanso todo el día. Además de sus enemigos naturales tiene otro y muy encarnizado, y que aun se dice inteligente, son los hombres que ignoran su valor como agente destructor de insectos dañinos y creen como dogma de fe en las más absurdas supersticiones y los destruyen sin misericordia. Desde muy antiguo ha existido entre algunos hombres de campo la creencia que los Chercanes llaman culebras y, según ellos, por esto es muy justo destruir los pocos ejemplares que inconscientemente se aproximan a sus casas.

El origen, de esta idea, es sin lugar a duda, el hecho de encontrar alguna vez culebras en sus nidos, que han llegado allí en busca de los huevos o polluelos de estas aves con el fin único de devorarlos. Sin fijarse que estas aves gritan desesperadamente cuando alguna culebra se aproxima a sus nidos.

Es pues, esta tonta superstición, unida a los enemigos naturales, lo que limita la multiplicación del Chercán en Chile. Y por desgracia los Chercanes sienten gusto por construir sus nidos en los huecos de las murallas de las casas que habita el hombre, lo que hace mucho más eficaz la destrucción por éste. Cuando el Chercán está construyendo su nido, no cesa de cantar; sus notas son tan armoniosas y sonoras, que admira que un ave tan pequeña pueda omitirlas. El canto es corto y poco variado, pero muy agradable al oído. Es muy manso; se posa en las plantas muy próximas al hombre que lo observa, sin asustarse. La hembra pone de seis hasta ocho huevos blancos y chiquitos, con numerosos puntitos rojizos. Cuando tiene crías es muy valiente y belicoso; lucha con aves tres o más veces más grandes que él.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

APARECE LOS
JUEVES

Castilla 6562
—Correo 4—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

AÑO

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:

Anual . . . \$ 50.—

Semestral . . 25.—

MI CHARLA DE HOY

N.º 25

A pesar de lo que dicen ciertas gentes extraviadas por sus propias amarguras, sostengo que el mundo es de las personas buenas. Hay muchos niños que envidian a sus compañeros y exclaman: "¡Qué suerte la de Fulano!" Y no piensan que esa suerte puede ser obra del propio niño. ¿Cómo va a tener suerte aquél que se enfurruña o aquél que esparce a los cuatro vientos sus sentimientos íntimos? Los rabiosos, los testarudos, los desconfiados, los chismosos, nunca podrán tener suerte; pueden triunfar pasajeramente, pero, al fin y al cabo, sus malas cualidades tienen que recaer sobre sí mismos. Bien lo dijo el antiguo fabulista;

"Es el mundo, a mi ver, una cadena
donde rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena
resulta en nuestro mal por carambola"

Desde pequeños debemos acostumbrarnos a obrar con cierta reflexión. Sobre todo es lo relativo a la elección de amistades debemos ser parcos y prudentes. La adquisición de un mal amigo puede torcer dolorosamente el rumbo de nuestra vida. Y por eso debemos pensar, consultar a nuestros mayores, antes de aventurarnos en una amistad nueva. Pero cuidemos de no pensar mal de nuestros semejantes hasta tanto no nos hayan dado pruebas evidentes de sus malos procederes.

¡Hasta el Jueves!

EL COLEGIAL





CAPITULO VI

Martín probó con cuidado la resistencia de aquel impedimento. El hierro estaba herrumbroso, pero aparentemente aun conservaba solidez. El cemento que sujetaba los hierros era viejo, y probando con la lima de las uñas, el marino se convenció de que podía ser saltado con cierta facilidad para arrancar la reja toda de una vez, pero, a pesar de haber hecho una presión considerable, no consiguió adelantar nada. Por lo tanto, decidió ahorrarse los fósforos, y empezó a atacar el cemento con la lima de las uñas.

En la habitación hacía un calor sofocante, y trabajar con aquella pequeña y débil herramienta le lastimaba los dedos. Pero Martín renegaba y seguía trabajando empeñosamente. No le entusiasmaba la idea de ser encontrado al amanecer en una calle solitaria del puerto con un cuchillo en la espalda, y no le cabía la menor duda de que esto era lo que iba a ocurrir si esperaba que los secuaces de Hip Sing cumplieran las órdenes de su amo. Si los asesinos venían a buscarle antes de que terminara su trabajo, Martín

RECUERDE: Wrenn, uno de los más importantes armadores de Singapur, ofrece en venta al capitán, Martín Galt, un bergantín llamado "Lucy M", que había pertenecido antes al pirata Harry Lark, quién fué muerto por su tripulación. Galt necesitaba un barco para reanudar sus operaciones interrumpidas, por lo que acepta dar a Wrenn, un 50 %, en caso de encontrarse el tesoro del pirata en el barco. Hip Sing que se interesa también en la compra del "Lucy M", secuestra a Galt y le exige la venta del buque, porque de todas maneras él impedirá su salida del puerto. Martín Galt, trata de librarse de sus enemigos, pero es vencido; Hip Sing aprovecha ese momento para enviar gente a bordo del "Lucy M" y tratar de encontrar el tesoro. Mientras tanto Clemente Worth, el compañero de Martín lo esperaba impaciente en el barco; sospecha que algo a sucedido y se dispone a salir, cuando divisa una luz en la cámara principal. Al abrir la puerta, encuentra numerosos hombres ocupados en registrar todo lo existente dentro. Geldón el cómplice de Hip Sing, se hace pasar por el capitán Galt, y Worth enfurecido, comienza una lucha encarnizada. Geldón y Worth caen debajo de un mueble, donde encuentran la clave del misterio. Mientras tanto Martín Galt, trata de recuperar nuevamente su libertad y...

Galt se veía en la necesidad de tener que luchar, y la barra de hierro no era una herramienta despreciable para un caso de apuro. Pero lo mejor sería huir sin nuevas complicaciones y con el menor alboroto posible.

Haría unas dos horas que trabajaba en la reja, cuando consiguió soltar una de las barras de hierro.

Con esto Martín Galt tuvo a su disposición una abertura suficientemente grande para pasar su cuerpo, y entonces se levantó con una flexión de los codos y miró hacia afuera.

Frente a la ventana no había más que oscuridad. Probablemente había una pared de alguna clase. Y abajo todo era tan obscuro como la boca de un pozo. Sin embargo, al volver la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda, alcanzó a ver unas luces y en dos o tres oportunidades pudo ver algunas "rickshaws" que cruzaban una boca-calle. Por lo tanto Martín Galt pensó que aquella ventana daba a algún pasaje o callejón poco transitado, pero le era imposible deducir a que altura del piso de la calle se encontraba. Pensó en descansar un instante, antes de huir, para recobrar las fuerzas, pero antes de que tuviera tiempo de nada, sintió un rumor sospechoso al otro lado de la puerta.

Saltó como un gato hacia el otro lado de la habitación con la barra de hierro en la mano. La puerta se abrió dejando un rectángulo de luz, y apareció un chino con una linterna en la mano. Detrás de este hombre apareció otro, y ambos iban armados de revólveres y cuchillos que llevaban al cinto. El primero al notar que su prisionero no estaba tirado en el sitio que ellos lo habían dejado, levantó un poco el farol para ver mejor y dió un paso hacia adelante. Cayó al suelo lanzando un gemido sordo; la linterna al chocar contra el piso se apagó.

Martín Galt le había dado un golpe a un costado de la cabeza con la barra de hierro, el otro hombre

no se preocupó de averiguar qué le había ocurrido a su compañero, dió media vuelta y echó a correr dando gritos. Estos gritos fueron contestados, casi en seguida, de alguna parte de la casa y Galt se precipitó hacia la ventana. Tenía una probabilidad contra diez de que podría escapar de aquel antro y caer en la calle para ponerse a salvo y la intentó sin la mayor vacilación.

Pasó por la angosta abertura justo a tiempo en que otra luz aparecía iluminando la habitación, y después de permanecer un momento colgado de las manos se dejó caer a la buena de Dios. Cayó bien en la punta de los pies, se tambaleó un poco, recobró el equilibrio y se echó a correr.

Brilló un fogonazo en la oscuridad por encima de su cabeza y sintió que la bala le tocaba en el brazo. Pero no se trataba más que de un arañazo y no le prestó mayor atención. Corrió hacia la calle iluminada, allí esquivó una "rickshaw", a la que casi volcó y se perdió de vista en la oscuridad de otra calle, ante el escándalo de un policía indígena que se quedó cavilando en lo que podía estar ocurriendo en aquel momento. Después todo fué muy sencillo.

Empezaban a aparecer en el horizonte las primeras luces del alba cuando Martín Galt llegó a bordo del Lucy M. y se dirigió hacia la popa. En la cámara todavía estaban las luces encendidas y desde abajo subía al puente un olor a tabaco fuerte. Galt lo hubiera reconocido en cualquier parte.

Se dejó caer por la escalerilla tomándose de los pasamanos y al llegar al último escalón una voz le gritó:



Cayó al suelo lanzando un gemido sordo...

—Quietó, si no quieres que te levante la tapa de los sesos.

Martín Galt levantó rápidamente las manos mirando los dos terribles revólveres de calibre 45 que le estaban apuntando. Clemente Worth, su socio y compañero, se hallaban detrás de esos revólveres, apoyando la espalda al extremo de una mesa, con la pipa entre los dientes y echando fuego por los ojos.

—Bueno, dijo al reconocer a Galt. Eres tú, ¿y dónde diablos te habías metido?

Galt bebió un trago de la botella que Clemente tenía ya a medio terminar y se dejó caer en una silla pasándose un pañuelo por la frente cubierta de sudor.

Comprendió que debía parecer un asaltante, sin gorra, con la ropa destrozada y sucia, con manchas de sangre por la herida que había tenido al escapar de la casa de Hip Sing.

—He tenido contratiempos, dijo. Un montón de contratiempos.

—Y, naturalmente, tú te imaginas que a mí me ha ido muy bien aquí, replicó Worth. Lo que te ha pasado a ti no es nada comparado con lo que he tenido que aguantar yo. Y ahora hace mucho tiempo que estoy sentado aquí con estos dos revólveres, esperando que esa banda de sinvergüenzas se deje ver otra vez. Pero sospecho que ya tienen bastante con lo que se han llevado.

Martín Galt armó un cigarrillo y examinó con atención a su compañero. Notó que las ropas de Clemente también estaban sucias y rotas, que tenía un ojo casi cerrado y una herida en la mejilla. En un lado de la cabeza se le veía un chichón y tenía los nudillos en carne viva. También notó, de paso, que la cámara parecía haber sido saqueada por una banda de fascinerosos.

(Continuará)

VERGEL INFANTIL

ANUSKA

MIS ILUSIONES

Lo que es el cielo azul
de mis ilusiones...
Ellas, cual perdidas mariposas
que se detienen en una rosa
cansadas de tanto volar.

Cual golondrinas errantes
cruzando con sus ágiles alas
el azulado mar,
llevando en sus picos
la dulce fragancia
de flores de azahar.

Cual las aguas del río
siguiendo su largo curso,
cual el suave rocío
que cae en la noche
dando frescura a la flor.

Cual la suave brisa
que corre por entre la espesura
y juguetea entre las flores,
cual los rayos juguetones
de ardientes fulgores
que nos da el sol...

Así es la paz, la alegría,
lo dulce, lo divino,
que dan a mi vida
mis constantes ilusiones
cuando voy a ellas a vagar.

Así como un bálsamo,
como un poderoso elixir,
como suaves melodías
entonadas en un laúd.
por un juglar,
cuando vago por el cielo azul
de mis ilusiones,
ellas logran mis penas calmar.

BRIOSÉN



Yo soy un niño
igual que tú.
Vendré cantando
igual que tú.

Me embarcaré en un velero
igual que tú.
soñaré con las gaviotas.

Yo soy un hombre soñador.

Cuando vuelva vendré cantando
igual que tú.
moriré contigo
igual los dos.

TRANQUILINO

Ilustró "Loré"

EL PALADIN

RECUERDE: Valleombroso, gobernador de Palermo, alienta el designio de hacer morir a su sobrina Rosmunda para apoderarse de su enorme fortuna. Pero Eudio, llamado el Paladín Trovador, con su amigo el caballero Giles de Crucis y el escudero Laquenar, están resueltos a salvar a la joven. Eudio logra introducirse en el palacio disfrazado de lacayo.

CAPITULO XI



1. Bajo las órdenes del gran camarero, los criados pasaban llevando las fuentes sobre las cuales se veían guisos extraños y apetitosos. Hasta un pavo real asado al horno y adornado con dulces que semejaban plumas multicolores apareció sobre una bandeja.



2. Rosmunda, sentada no lejos de su tío, parecía no hacer caso de nada. Un pensamiento solo embargaba su entristecido espíritu: Giles de Crucis, que había sido su esperanza de salvación. De repente se estremeció al oír una voz que le decía en voz baja: "¡Valor!"



3. Rosmunda creyó en una ilusión de sus sentidos y miró instintivamente a su alrededor, pero sólo vió a un criado que se inclinaba cortésmente ante el conde de Valleombroso para servirle un canastillo de frutas al amparo del cual murmuró: "¡Valor!"



4. Esta vez Rosmunda no sólo oyó sino que vió al misterioso criado que pronunciaba la palabra de aliento. Rosmunda no podía ya dudar y tuvo que morderse los labios para no gritar su loca esperanza. El misterioso criado se alejó un poco para dar de beber al conde.

TROVADOR



5. Rosmunda aguardaba ansiosamente otra palabra del misterioso criado. Terminado el festín, aparecieron los mozos llevando unas palanganas de plata para que los comensales se lavaran las manos. El criado misterioso se acercó a Rosmunda y mientras ésta se lavaba la punta de los dedos, le dijo: —Giles no ha muerto y os avisa que esperéis.



6. Cuando por fin Eudio quedó libre del servicio del palacio, fué en busca de sus amigos que lo esperaban con mortal inquietud. —¿La viste? exclamó Giles precipitándose al encuentro del paladín trovador. —Sí, respondió Eudio. Y sabe que estás dispuesto a salvarla. Orego, el criado de la condesa no había mentido. Nadie me inquietó.



7. Giles contempló de lejos los muros del castillo que defendían con su macidez y dureza al conde contra sus enemigos que no eran pocos. —¿Sabes en qué parte del castillo se aloja Rosmunda? preguntó Giles de Crucis. — Sí, replicó Eudio; se aloja en el piso superior de esa torre. La parte baja se utiliza como sótano para las provisiones.



8. ¡Quiero verla, quiero verla ahora mismo! exclamó Giles de Crucis con su acostumbrada impetuosidad. Pero Eudio, que unía la valentía de su corazón a la prudencia de su espíritu, calmó la desordenada impaciencia de Giles, diciéndole: —Un paso en falso puede significar la muerte de Rosmunda. Aguarda hasta mañana y veremos...

(Continúa)



RECUERDE: A la muerte de su madre, Julio Aiday, un muchacho de quince años queda al cuidado de la pequeña familia compuesta de su hermana María, de catorce años, de su hermanito Chago, de siete años y de Elenita, una hermana adoptiva, también de siete años. Con admirable constancia sigue trabajando en el comercio de frutas que tenía su madre. Elenita se enferma y es llevada al hospital donde le practican una operación. Julio encuentra una cartera y la lleva a la comisaría. Días más tarde el Comisario lo recompensa con quinientos pesos que ha donado la dueña de la cartera, una inglesa llamada Mary Weidon. Muy contento Julio regresa con ese dinero a casa donde lo esperan para comer.

CAPITULO V

Al atravesar el portón del conventillo cuya ampollita eléctrica ya estaba encendida, Julio fué visto por la mayordoma que le dijo:

—¡Hola, Julito, parece que has recibido una noticia muy buena o te has sacado algún premio en la Lotería!

—Casi ha adivinado usted, señora Liberata. ¡Figúrese que en la comisaría me dieron quinientos pesos por haber devuelto una cartera que me hallé en la calle!

—¡Jesús, María, quinientos pesos! exclamó la mayordoma levantando las manos para expresar su admiración. ¿Y qué va a hacer con tanta plata?

—Aumentaré el negocio de frutas y pagaré algunas deudas atrasadas, respondió el niño.

Y ágilmente atravesó el patio y subió la pequeña escalinata del corredor que conducía a su departamento. Pero no había visto la figura de un hombre que estaba acechando protegido por la sombra de un pilar. Aquel hombre no era otro sino el pícaro y sinvergüenza de Juanico Cancino. Sus ojos habían relampagueado de codicia al oír que Julio poseía quinientos pesos.

Mientras tanto, Julio había entrado en su pieza y comunicó a su hermana la feliz noticia.

—¡Oh, quinientos pesos! murmuró María casi sin dar crédito a lo que su hermano decía.

Pero tuvo que rendirse ante la evidencia, cuando Julio le mostró los cinco billetes de a cien pesos. Mientras se servían la comida los dos hermanos cambiaron ideas sobre la mejor manera de invertir aquel dinero que les había caído del cielo.

—Por ahora lo guardaremos en el armario, dijo Julio. Pagaremos algunas deudas atrasadas, dejaremos un tanto para casos imprevistos, como la enfermedad de Elenita y lo demás lo emplearé para agrandar el negocio.

—¿Crees que el armario sea seguro para guardar tanta plata? preguntó inquieta la prudente María.

—No lo guardaremos en el armario grande, sino en el pequeño armario de los libros. ¿Quién podrá imaginarse que hay cinco billetes de a cien pesos metidos en las páginas de un libro viejo?

Julio se levantó de la mesa, esco-
gió uno de los libros más gruesos,
con pasta de cartón, y metió allí los
cinco billetes estiraditos.

—Desde ahora, los Tres Mosque-
teros serán los guardianes de nues-
tro pequeño tesoro, dijo Julio son-
riendo.

Y colocó otra vez el libro en el
armario.

Terminada la comida, Julio se
fué al centro para comprar algu-
nos regalos que llevar a Elenita al
día siguiente.

Por fin amaneció el día Domin-
go. Los huérfanos se desayunaron
temprano y en seguida fueron a oír
misa en la parroquia de San Pablo.
Cumplido este deber cristiano, vol-
vieron a casa y aguardaron impa-
cientes la hora en que el joven es-
tudiante de medicina, Orlando Bal-
tra, llegaría a buscarlos para ir al
hospital.

Acababan de almorzar a la lige-
ra, cuando se oyó la bocina de un
auto en el portón.

—¡Llegó don Orlando! exclamó
María.

Desde la puerta del departamen-
to, sobre el corredor, Julio divisó al
joven estudiante. En el acto, como
todos estaban listos, salieron del de-
partamento, echaron llave a la
puerta y fueron al encuentro del
joven. Este los invitó a subir al au-
to y un cuarto de hora después des-
cendían en el hospital *Roberto del
Río*.

Al bajar, el joven estudiante to-
mó una alargada caja de cartón
debajo del brazo y dijo:

—Es para Elenita.

—Me parece que se trata de una
muñeca, dijo María.

—¡Y qué grande debe ser! exclamó
Chago examinando la caja.

—Creo que la pobre hermanita
enferma va a ponerse muy conten-
ta, dijo sonriendo el joven.

Y los cuatro atravesaron la reja
interior.

La alegría que experimentó la
enfermita al ver a sus hermanos
fué tan intensa y manifiesta, que
llamó la atención de todas las de-
más visitas y hasta de las enferme-
ras. Y todos se conmovieron pro-
fundamente. Elenita abrazaba tan
pronto a Julio, como a María y
Chago y, luego, no se cansaba de
dar las gracias al "caballero" que
le había regalado una muñeca tan
enorme y tan linda.

Elenita estaba todavía muy páli-
da y delgada; pero se conocía a sim-
ple vista que estaba fuera de peli-
gro.

—¿Cuándo me llevarán a casa?
preguntaba ansiosamente. ¡Los he-
cho mucho de menos a todos! Aquí
son muy buenos conmigo; pero
siempre quisiera irme cuanto antes.

Entonces Orlando Baltra le dijo:

—Querida amiguita; si te portas
bien, si haces todo lo que manden
las enfermeras, te mejorarás muy
pronto y podrás irte a casa. Yo mis-
mo avisaré a tus hermanos para que
vengan a buscarte y te llevaremos
en automóvil.

Durante dos horas estuvieron
hablando de mil y una cosas, hasta
que llegó el fin de la visita. El jo-
ven estudiante consoló a Elenita di-
ciéndole que él la visitaría todos
los días y que el próximo Jueves
vendrían otra vez sus hermanos.
Con muchos abrazos y besos se des-
pidieron los hermanos, no sin de-
rrear algunas lágrimas furtivas.

A la salida, Orlando Baltra pro-
puso a sus jóvenes amiguitos lle-
varlos a casa en auto. Pero Juli-



Aquél hombre no era otro sino el pícaro de Juan Cancino...

le dió las gracias agregando:

—Aprovecharemos este rato de tarde que queda, para dar un paseito por la Quinta Normal. Creo que a todos nos hará bien el aire fresco y purificado de los árboles.

—Tienes razón, amiguito; es un paseo muy saludable para el cuerpo y para el espíritu. Entonces, que les vaya bien en el paseo y ¡hasta el Jueves!

Y el joven se alejó en su auto haciendo con la mano una última señal de despedida. Los tres hermanos atravesaron la calzada de la Avenida Matucana y se encaminaron a la entrada de la Quinta por la Avenida Portales.

—Dicen que el mundo es muy malo, decía María mientras caminaban. Pero debemos confesar, Julio, que también hay gente muy buena. Ahí está don Orlando Baltra para demostrarlo.

—¡Sería una cosa insoportable el

mundo si no hubiese en él más que gentes como ese pillo de Juanico Cancino! replicó riendo Julio.

Fué una tarde magnífica. Chago se divirtió de lo lindo en los columpios del jardín infantil, mientras Julio y su hermana tomaban unos refrescos. Luego visitaron el museo y en seguida dieron una vuelta por la laguna donde se entretuvieron viendo las evoluciones acuáticas de los que remaban en los botes. Por fin salieron de la Quinta por la calle Santo Domingo, volvieron a casa siguiendo a lo largo de la Avenida Matucana.

El paseo había sido muy alegre, pero cansador. Sobre todo Chago no veía la hora de estar en casa descansando en su camita. Al llegar cerca del callejón que conducía al viejo conventillo, los niños tuvieron oportunidad de divisar a Juanico Cancino que entraba en un bar-restaurante de la esquina. Cancino no los vió.

—Ese debe haber ganado en el juego, por eso tiene dinero para visitar las cantinas, dijo Julio.

—Y esta noche llegará a su cuartito borracho como una cuba, agregó María.

Hablando de esta manera atravesaron el portón del conventillo y subieron al corredor. Poco después Julio metía la llave en la cerradura de la puerta. La llave sacó el picaporte al instante y la puerta se abrió.

—¡Vamos! Creí que además del picaporte la había dejado con doble vuelta de llave, dijo Julio pensativo.

Y una súbita inquietud se apoderó del muchacho. Entró en la primera pieza y encendió al punto la lámpara. Sus ojos examinaron todo el interior. Todo estaba en orden. Julio respiró. Había temido que alguien hubiese entrado durante su ausencia para registrar el departamento. Al participar a su hermana los temores que había tenido, María replicó:

—Ya ves que nada ha sido tocado; no cabe duda que te pareció a ti haber echado la llave con dos vueltas. Con el apuro por salir a encontrar a don Orlando dejaste la puerta con picaporte únicamente.

Julio se sentía ya un poco más tranquilizado, pensando que su hermana tenía la razón, cuando obedeciendo a un secreto presentimiento, se acercó al armario de los libros y sacó un voluminoso tomo de Los Tres Mosqueteros. Abrió sus páginas y las hojeó febrilmente...

—¡María! empezó a decir poniéndose pálido. No... no encuentro... no están...

—¿Qué dices? preguntó María inquieta, mientras estaba dedicada

a acostar a hago que se sentía muy cansado.

—¡Que no encuentro... los billetes... María... nos han robado... nos han robado!

Y seguía hojeando en el libro con la vaga esperanza de haberse equivocado. Le parecía que aquello no podía ser... que los billetes estaban extraviados, pegados entre aquellas páginas. Pero por más que hojeó y rebuscó hasta casi rasgar las páginas del libro, no descubrió ni el menor asomo de los cinco billetes de cien pesos...

—¿Qué mano tenebrosa había robado la pequeña fortuna de los huérfanos? ¿Cómo pudo saber el ladrón que los billetes estaban precisamente en el volumen de Los Tres Mosqueteros?

(Continuará)

"VIA LACTEA"

"Los dos huermanitos" acompañados de "El hermano mayor" se fueron en busca de "El tesoro lejano" montados en "El caballo de troya", por el camino se hallaron "La lámpara maravillosa".

—Se la regalaremos a "Pulgarcita", dijo "El hermano mayor".

Al llegar a "La isla de los cruzados", se encontraron con "El paladín trovador" quien les dió "El tesoro lejano" y a "La hija de la luna".

Al regresar al país de "La reina de las nieves" se verificó la boda de "El hermano mayor" con "La hija de la luna", en tanto que "Los dos huermanitos" regalaban a "Pulgarcita" "La lámpara maravillosa".

—Se la mostraré a "El tío Tranquilino", a "Angelina y los mellizos" y a "El pecador", dijo "Pulgarcita".

—Somos los buenos muchachos" contestaron "Los dos huermanitos".

HISTORIA GRAFICA

DE CHILE



257. La catedral edificada por Hurtado de Mendoza era muy antigua. El virtuoso obispo González Marmolejo resolvió edificar otra más digna y en 1748 colocó la primera piedra de la nueva catedral cuya construcción de piedra ha perdurado hasta el presente.



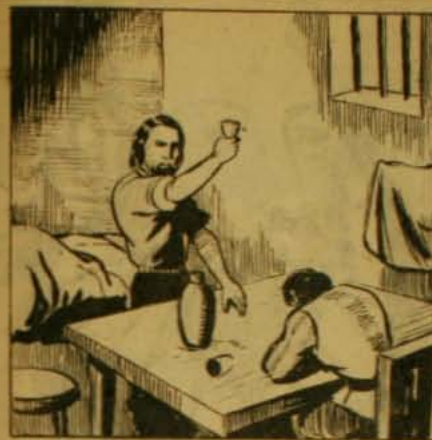
258. Las acertadas medidas con Ortiz de Rozas dió valor al trigo, el riego de los terrenos vecinos a Santiago con las aguas del Maipo por medio de canales, los edificios públicos, el ensanche de la ciudad en la parte norte, significaron un enorme progreso.



259. Era ya casi un octogenario, cuando el gran Gobernador que había sido don Domingo Ortiz de Rozas solicitó su retiro de las tareas del gobierno. El retiro le fué concedido y fué reemplazado por el mariscal de campo, el catalán don Manuel de Amat y Junient.



260. El gobierno de Ortiz de Rozas había sido en extremo beneficioso para el país, pero, como todos los que le habían precedido, no se había ocupado del bajo pueblo. Amat y Junient fué el primero que se ocupó del pueblo tratando de mejorar su triste condición.



261. Por causa del abandono en que se le mantenía, el pueblo, que era ya muy numeroso, crecía cada vez más en corrupción y miseria. Ante todo había que suprimir la cesantía que era la principal causa de tanta corrupción y la causa de tantos robos y pillajes.



263. Como el Gobernador había previsto, las enseñanzas de la vida militar mejoraron las costumbres y contruyeron la creciente corrupción de la "plebe", como llamaban las clases elevadas a los humildes hijos del pueblo; la administración pública fué mejorada.



262. El Gobernador Amat resolvió el problema de la cesantía, reorganizó el Ejército y creó las milicias de la costa. También organizó una policía rural conocida con el nombre de "Dragones de la Reina" y que fueron los precursores de los "Carabineros".



264. Para mantener la paz con los araucanos, el Gobernador Amat celebró en Santiago un solemne Parlamento con cincuenta caciques que acudieron desde Arauco. En premio de sus muchos y buenos servicios a la Corona de España, el rey lo nombró Virrey del Perú.

CUANDO LOS GRANDES HOMBRES ERAN PEQUEÑOS

Es indispensable a la vida del niño la belleza y la bondad. Para él, la naturaleza se viste de sus mejores galas en la primavera; para él las noches iluminan la tierra con su algarabía de estrellas; para él cantan los pájaros y las mariposas trazan laberintos de colores en el jardín.

Como ejemplos inestimables se presentan a la dulce alma del niño las vidas ejemplares de los grandes hombres que se han destacado y han marcado los rumbos de la civilización. En estas páginas recogeremos algunos instantes decisivos de las infancias de estos verdaderos faros de la vida y del mundo. Momentos en que, niños como Uds., pusieron en evidencia las alturas que alcanzarían cuando hombres.

Meditad, pequeños amiguitos, en estas anécdotas y comprenderéis que ante cada uno de vosotros abre la vida su ancha ruta de posibilidades: el pervenir con la dulce esperanza de que sea mejor que el presente. Como los niños de estas historietas, cada uno de vosotros puede alcanzar el sitio de privilegio de los grandes hombres.

MIGUELITO Y ANDREA

Miguelito y Andrea corrían desalados, entre un tropel de gente, a oír recitar a un romancista, de esos que en los días de feria recorrían las ciudades españolas diciendo versos y contando novelas de caballería. Miguelito se embellezaba oyéndolos.

— ¡Oyes tú?

— No, hermana, no oigo nada.

— Pues entonces, vámonos.

— No. Yo me quedo. Algún papel puedo encontrar cuando todos se vayan.

Andrea se quedó también. La mayor felicidad de los muchachos era recoger algunos de los papeles que los espectadores tiraban al suelo después de leído. En ellos había aprendido Miguelito las hazañas del Rey Artús, del emperador Carlomagno y de los caballeros de la Tabla Redonda.

El niño había nacido en Alcalá de Henares y hacía tres años que vivía en su familia en Valladolid. Ahora tiene 10 años.

— Ya se van. — Dijo Andrea que era mayor que Miguel.

Todo el grupo de los romancistas y curiosos se había puesto en marcha. Y en el suelo, arrugado y pisado, quedó un papel...

¡Qué alegría! Lo extendieron y alisaron sobre la pared y allí mismo, juntas las cabezas, leyeron y se embellecieron en un fragmento del extraordinario romance.

Volvieron a su casa silenciosos. Miguelito abstraído en las maravillas de los versos y Andrea, cabecibaja, respetando el silencio de su hermano.

Pasaron los años. Miguelito se hizo un



hombre y, aunque vivió muchas veces una vida llena de miserias y privaciones, supo conservar en su imaginación las maravillas de los romances de la infancia y llegó a escribir el libro más famoso de nuestro idioma: "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha".

UN AMIGO DE LOS PAJAROS

Leonardo era, como todos, un chicleo juguetón y alegre. Pero tenía una cualidad muy valiosa: la bondad, un cariño y un respeto por todos los seres vivos. Siempre que se encontraba en la calle con los vendedores de pájaros que ofrecían en elegantes jaulas a sus hermosos prisioneros, el pequeño Leonardo sentía raros deseos de llorar, de ser rico para comprar todos los pájaros, impulsos de romper las jaulas, de huir y esconderse...

Cuanto dinero le daban sus padres para golosinas, lo empleaba comprando pajaritos que enseguida soltaba. Era de ver la alegría del chico cuando sus ágiles protegidos remontaban el vuelo y se perdían en la inmensidad del espacio.

Leonardo, ya hombre, conservó su espíritu bondadoso, pero por sobre todo se distinguió por sus extraordinarias cualidades para el trabajo: fué célebre como artista, como sabio y como escritor; se ha dicho que fué el hombre más completo de su tiempo. ¿Quieren saber quién fué? Se llamó Leonardo de Vinci.



Al año siguiente, la segunda hermana recibió permiso para subir a la tierra y nadar por donde mejor le pareciese. Poníase el sol cuando la princesa llegó a la superficie del mar y a ella le pareció aquel espectáculo el más bello de cuantos había contemplado. Todo el cielo parecía de oro, dijo, y en cuanto a las nubes su belleza estaba por encima de toda descripción. Flotaban envueltas en resplandores amoratados y rojizos, por encima de su cabeza, y, con rapidez mucho mayor que ellas volaba una manada de cisnes salvajes que parecían un velo blanco tendido hacia el sol poniente; ella nadó hacia el astro, pero éste se hundió en el mar y luego, paulatinamente, la luz rosada de las nubes se desvaneció.

Al año siguiente, la tercera hermana subió a su vez y como era la más atrevida de todas, remontó a nado un río que desembocaba en el mar. Vió colinas vestidas de verdes o cubiertas de parras; palacios y

viviendas campestres que surgían por entre los magníficos bosques. Oyó el canto de los pájaros, y era el sol tan ardiente, que ella, con frecuencia, vióse obligada a dar chapuzones, a fin de refrescarse el acalorado rostro. En una pequeña bahía descubrió a una tropa de niños pequeños, casi desnudos, que corrían y chapoteaban en el agua; a ella le habría gustado mucho intervenir en sus juegos, pero los niños, al verla, se asustaron y echaron a correr. Luego se acercó un pequeño animal de color negro. Era un perro, pero la princesa lo veía por vez primera. Y el can empezó a ladrar con tanta furia, que ella se asustó, y presurosa, se dirigió al mar. Y no podía olvidar los hermosos bosques, las verdes colinas y los niños que sabían nadar, aunque no tenían cola de pez.

La cuarta hermana no fué tan valerosa y fué a situarse en el punto más remoto del océano, aunque según su relato, aquel era el lugar más hermoso. Contemplábase, en todas direcciones, una dilatada extensión del mar, y el cielo parecía una bóveda azul y maravillosa. También pudo ver barcos, aunque muy lejanos, de manera que le parecieron grandes gaviotas. A su alrededor pudo observar grotescos delfines que hacían cabriolas y gigantescas ballenas que despedían chorros de agua por las narices, co-

no si fuesen fuentes.

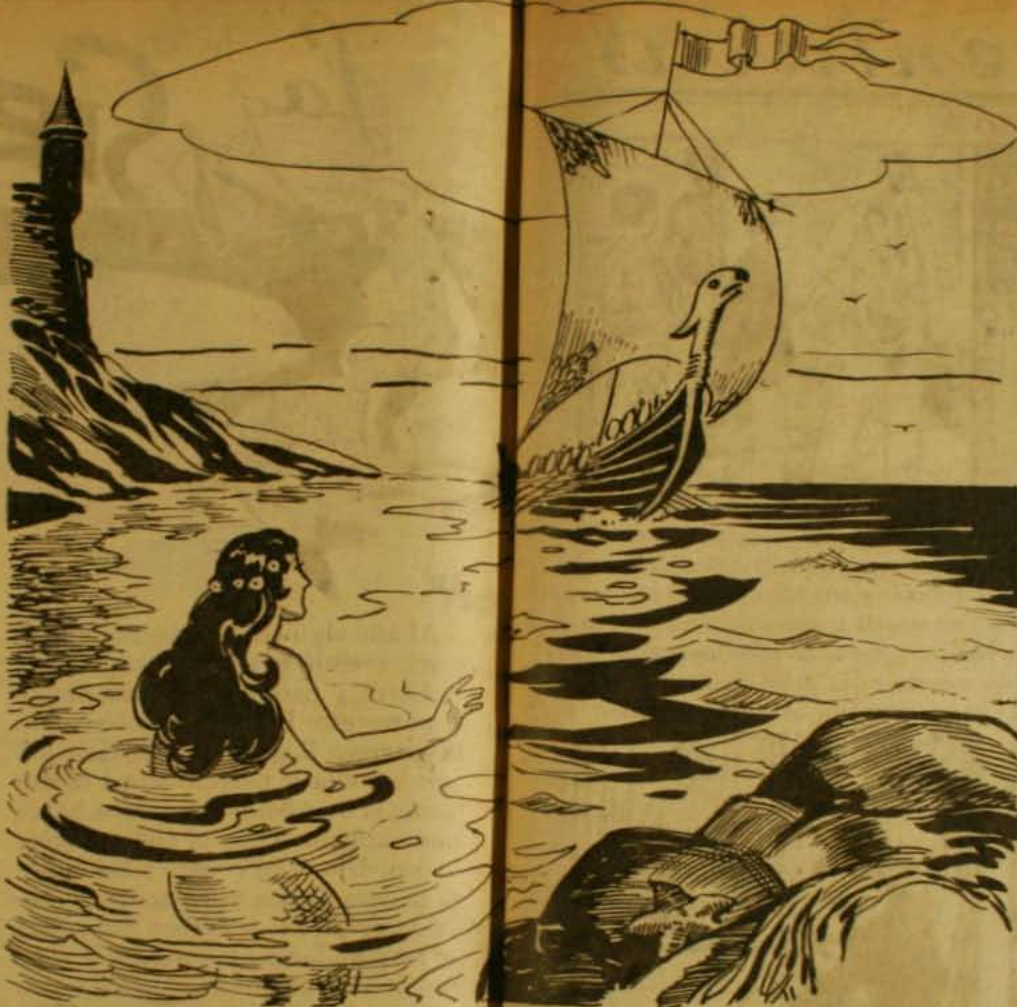
Llegó la vez a la quinta hermana. Su cumpleaños fué en invierno, de modo que pudo ver cosas que sus hermanas no habían contemplado. El mar parecía ser completamente verde y flotaban en él grandes témpanos de hielo. Cada uno de ellos parecía una perla, según dijo, aunque mucho mayor que las torres de las iglesias construídas por los hombres. Adquirían las más maravillosas formas y centelleaban como los diamantes. Ella se sentó en el mayor de aquellos témpanos y los barcos que pasaban desviáronse, alarmados al verla sentada allí y con la larga cabellera flotante.

Por la tarde, el cielo se cubrió de nubes; tronó y relampagueó y los enormes témpanos, resplandecientes a la luz de los rayos, eran elevados por las agitadas olas negras. Todos los barcos acertaron sus velas y por doquier reinaba el temor, pero la sirena continuaba sentada en el témpano y observaba cómo los azules rayos iban a sumergirse en el agua.

La primera vez que las hermanas subieron a la superficie del mar, quedaron encantadas con las nuevas y bellas cosas que vieron; pero cuando, ya mayores y en libertad de ir donde quisieran, todo aquello les fué indiferente y sintieron añoranza de su casa; y, al cabo de un mes, aproximadamente, acabaron diciendo que, en resumidas cuentas, su casa en el fondo del mar era mejor y que allí estaban más cómodas que en parte alguna.

Muchas noches las cinco hermanas entrelazaban sus brazos y se elevaban juntas hasta la superficie del mar. Todas tenían una voz dulce, mucho más clara que la de

cualquier mortal, y cuando estallaba una tempestad y ellas podían tener la esperanza de que naufragase algún barco, cantaban con seductores acentos las maravillas de las profundidades, encareciendo a los viajeros del mar que no tuvieran miedo de ellas. Pero los marineros no comprendían sus palabras y se figuraban que aquellas eran las voces de la tempestad; ni tampoco habrían podido contemplar aquel Eliseo de las profundidades.



porque en cuanto naufragaba el barco ellos se ahogaban y solamente llegaban ya cadáveres al palacio del Tritón. Cuando las hermanas mayores se elevaban de tal manera, por las tardes, cogidas de los brazos, la menor se quedaba en el fondo, sola por completo y las miraba como si fuese a llorar, pero como las sirenas no tiene lágrimas, no pueden hacerlo y aun sufren más.

—¡Oh, si tuviese quince años! exclamaba. Presiento que el mundo

es superior, me conquistará por completo y también sentiré cariño por los mortales que allí viven.

Por último llegó su décimo quinto aniversario.

—Ahora ya no dependerás de nosotras, le dijo su abuela, la anciana reina viuda, ven, y deja que te adorne como hice con tus hermanas.

Y en torno de sus cabellos puso una corona de lirios blancos, pero cada uno de los pétalos de las flores era media perla; luego la anciana reina hizo fijar ocho ostras en la cola de su nieta, en prueba de su alto rango.

—¡Eso me hace mucho daño! exclamó la pequeña sirena.

—Has de soportar el dolor en gracia a la elegancia, contestó su abuela.

¡Con cuánta alegría se librara la joven de todo aquel esplendor y se quitara la pesada corona! Sus rojas flores del jardín le sentaban mucho mejor, pero no se atrevió a alterar su tocado. Dijo adiós a su abuela y se remontó por las aguas con la misma rapidez y ligereza que un burbuja.

Acababa de ponerse el sol cuando su cabeza asomó por encima del agua, pero las nubes estaban aun iluminadas con la luz rosada y dorada; en el cielo resplandecía la estrella de la tarde, la brisa era suave y fresca y las aguas del mar aparecían tan quietas y apacibles como las de un estanque. A corta distancia veíase un barco de tres palos, muy grande; llevaba tendida una sola vela, porque no había un soplo de viento y los marineros estaban sentados en las jarcias y en el cordaje, y aun, algunos, encaramados a los palos. (Continuará)

Las Aventuras

CAPITULO II



1. Lleno de rabia contra Freddie a quien había tratado de hacer aparecer como un ladrón de perlas, el mestizo Sandu aguardó el regreso de los pescadores de perlas. Ahora que había sido despedido de la ocupación el miserable mestizo no pensaba sino en la venganza. Por fin vió llegar a mister Harvey acompañado de los niños y de un negro.



2. Mister Harvey se dedicó a poner en orden algunos papeles de suma importancia para su comercio de perlas y al cabo de una hora dedicada a esta tarea, arregló una maleta y en seguida le dijo a los niños: —Tengo que ir a visitar la orilla opuesta de la isla; mientras tanto, usted, Freddie, quedará a cargo de todo esto, como administrador.



3. Mister Harvey hizo enganchar los caballos al coche, se puso su casco colonial y tomando su maleta se embarcó despidiéndose de los dos niños que habían salido a dejarlo afuera. El vengativo mestizo Joe Sandu acechaba oculto detrás de una caseta. Nadie se fijó en Sandu, pues todos estaban demasiado entretenidos con el acto de la despedida.



4. Freddie y Jane quedaron solos y se figuraban ser el rey y la reina de aquella encantadora isla. El gato Minú parecía participar también del gran contento que sentía su amo y maullaba zalameramente. El fiel negro Kiola se prestó gustoso para servir de cocinero y confeccionó unos guisos deliciosos que los niños gustaron con deleite.

de FREDDIE



5. Pero Freddie y Jane no hubiesen estado tan alegres y confiados, si hubiesen sabido que el mestizo Joe Sandu estaba oculto en uno de los cuartos del mismo edificio. ¿Qué hacía allí Joe Sandu? Había acumulado unos montones de paja y ahora encendió un cigarrillo. Pero no apagó el fósforo y lo tiró encendido encima de la paja seca.



6. Esta era la venganza del mestizo: incendiar la propiedad. ¿Pero con qué fin? ¿Sería sólo con el objeto de ver destruida una parte de la hacienda de mister Harvey o perseguía algún fin secreto? Cuando el humo y las llamas se levantaron, Joe salió corriendo del edificio; pero en ese mismo instante salió Kiola y lo divisó a través del humo.



7. Lleno de azoramiento entró Kiola corriendo en el comedor donde Freddie y Jane engullían los guisos con envidiable apetito y les dijo: —¡Señor Freddie, señor Freddie, el edificio se quema! Creo que este incendio es obra de Joe Sandu, porque lo acabo de ver salir de una pieza. —¡Oh, sí, es indudable, entonces! replicó Freddie levántandose.



8. A una orden de Freddie, el fiel Kiola reunió el mayor número de servidores y provistos de baldes con agua todo el mundo se dedicó a tratar de apagar el fuego o, por lo menos, a impedir su propagación. —Veré modo de salvar algunas cosas, dijo Jane, mientras Freddie sostenía en su mano un balde con agua. —¡Busca a Minú! respondió el niño.

(Continuará)



RECUERDE: El rey Indar regala un caballo de madera al rey Claudio. Este caballo tiene la maravillosa propiedad de poder surcar el espacio como un ser alado. El príncipe Clodio prueba el caballo y va a rematar al lejano reino de Toscana. Encuentra a la princesa Clarmondina y regresa con ella a España. Mientras desciende en un palacete en las afueras de la ciudad, el rey Indar lo acecha oculto entre unos matorrales. Clodio deja a la princesa en el palacete y él se va a palacio en un caballo de verdad para preparar una magnífica recepción a su novia. Pero Indar se presenta en el palacete como servidor del príncipe y la rapta. Indar cae prisionero del rey de Sarlierno y este quiere casarse con la princesa. Pero Clarmondina se finge loca. Mientras tanto, en España, el príncipe Clodio descubre que la princesa ha desaparecido del palacete.

CAPITULO IX

En vano el príncipe interrogó a sus servidores, en vano llamó a gritos a la princesa y corrió como un desesperado de un lugar a otro de la apacible morada. Todo fué inútil. Clarmondina no apareció por ninguna parte ni nadie fué capaz de dar alguna noticia del sitio a dónde había ido.

De pronto Clodio se acordó del

maravilloso caballo de madera y corrió al jardín donde lo había dejado oculto. Entonces comprendió que Indar lo había descubierto y, sin duda, lo había aprovechado para marcharse llevándose con él a la princesa por medio de algún engaño en los cuales parecía ser tan diestro el rey indio.

Luego, interrogando de nuevo a la servidumbre, supo que había llegado un mensajero preguntando por la princesa, a nombre del propio príncipe Clodio. Nadie más que el rey Indar podía conocer el secreto del diabólico caballo y Clodio ya no dudó de que la princesa había caído en manos del monarca indio. Además, el guante perfumado que encontró en el jardín y que la princesa había dejado caer, acabó de confirmarlo en esta creencia.

Lleno de desesperación, Clodio obtuvo de su padre que hiciera publicar un bando en todo el reino con la noticia de la desaparición de la princesa y con la promesa de dar una magnífica recompensa a toda persona que hubiese visto a Clarmondina o al caballo en alguna parte.

El bando fué pregonado por calles

y plazas del reino; pero transcurrieron muchos días y nadie se presentó a cobrar el gran premio ofrecido por el rey Claudio. Por esta causa la corte de España estaba sumida en gran desolación, después de tantas buscas y rebuscas inútiles. Nadie había visto al caballo de madera cruzar a través del espacio, ni nadie sabía el sitio a dónde pudiera haberse dirigido. Y la tristeza y consternación subieron de punto, cuando llegó una embajada a la capital del reino enviada por el rey Karma, padre de la princesa Clarmondina.

Después de la partida de su hija, el rey Karma había reflexionado hondamente. Si realmente Clodio era el heredero del trono del gran reino de España, valía más no oponerse a una boda tan digna y ventajosa para los intereses del reino de Toscana. Además, la reina madre había abogado en favor de su hija y decidió el rey a enviar una embajada a España para tomar informes acerca de la persona del príncipe Clodio. Para esta misión Karma escogió a sus más fieles y hábiles servidores, encabezados por el más astuto y diestro de los diplomáticos.

Pero cuando llegaron a la corte del rey de España fueron acogidos con muestras de la más profunda tristeza. Toda la corte estaba en lágrimas, sin saber a dónde el malvado Indar había llevado a Clarmondina. El jefe de la embajada, después de haber saludado al rey y a la reina de parte de sus amos, expuso el motivo de la misión que lo había llevado hasta allí. El rey Claudio y su digna esposa replicaron que nada sería para ellos más honroso que una alianza entre su

hijo Clodio y la princesa Clarmondina.

Entonces, Majestades, replicó el embajador, os ruego que me llevéis a presencia de su Alteza la princesa Clarmondina para hablarle a nombre de sus padres.

El rey Claudio y su esposa no sabían qué replicar ante la inesperada solicitud. Pero el príncipe, presa de una profunda emoción y con voz donde temblaba un acento de desesperación, replicó:

—¡Ay! ¿Cómo podríamos llevaros a presencia de la sin par Clarmondina, cuando no sabemos dónde se encuentra? Desapareció víctima de las artimañas de un mago miserable. Fué raptada por el rey Indar, monarca de un miserable Estado en la India lejana, en el caballo de madera que a mí mismo me había llevado antes al reino de Toscana. Todas las buscas que hemos hecho hasta ahora han resultado completamente inútiles y ni siquiera sabemos a qué país puede haber sido transportada la princesa. Por eso me veis agobiado de dolor y el corazón se me desgarrar al pensar que yo soy la causa de su desventura y jamás podré consolar-me de haberla perdido. En este mismo momento estoy pensando en morir.

Al ver el sincero dolor del joven, el embajador trató de consolarlo. Era un hombre lleno de experiencia de la vida. Por eso, con toda calma, en vez de lanzar gritos destemplados y llenos de amargura contra sus huéspedes, culpándolos de ser la causa del rapto de Clarmondina, dijo con sencillez:

—Príncipe, la vida humana está llena de infortunios y de acontecimientos imprevistos. A las horas de



El jefe de la embajada después de saludar al rey y a la reina...

alegría suceden las horas de amargura; pero con el tiempo la amargura pasa y se olvidan las tristezas; Sois joven y no debéis entregaros a la desesperación. Al contrario, toda vuestra vida, si amáis en realidad a la princesa, debe estar llena de confianza en el porvenir. En vez de dejaros abatir por una desesperación estéril y cobarde, haríais mejor en buscar a la princesa sin tardanza ni descanso. Ella os ama, puesto que no vaciló en seguiros hasta vuestro país; entonces os espera. No dudéis que, por su parte, ella hará y estará haciendo nobles esfuerzos para facilitaros el camino del triunfo y volver de nuevo a vuestros brazos. ¡Animo, joven, buscad sin descanso y venceréis!

Clodio sintió que las palabras del sabio embajador picaban como lancetazos en su corazón. Y cuando quedó solo, se llenó de vergüenza.

¿Por qué se había abandonado a una desesperación inactiva, inútil y cobarde? ¿Por qué, cuando debiera haber movido mar y tierra para encontrar a su amada princesa?

Reaccionó, pues, Clodio contra su propio dolor, pidió armas, revistió su armadura, montó en su mejor caballo y después de haber dicho adiós a sus buenos padres, partió jurando que no volvería sin traer a su amada Clarmondina.

Montado en su fogoso corcel, franqueó montañas elevadísimas, anchos ríos de orillas escarpadas llanuras asoleadas donde no se veía un solo árbol, selvas enormes cuyos árboles eran tan frondosos y tan espesos y tan altos que no dejaban ver el cielo. Y de este modo llegó al país de Toseán donde reinaba el padre de Clarmondina.

(Continuará)

LA PASTORA

Es - ta - bau - na pas - to - ra La - ran, la - rán la -
 le - che de sus ca - bras La - ran, la - rán la -
 ga - to la mi - ra - ba La - ran la - rán la -

- ri - to Es - ta - bau - na pas - to - ra cui -
 - ri - to Con - le - che de sus ca - bras ha -
 - ri - to El ga - to la mi - ra - ba con

dan - do el re - ba - ñi - to Con
 - ci - a - se un que - si - to El
 o - jos go - lo - si - tos Ga -

Para repetir *Para Final.*

Gato, no echas la uña, (2 veces).
 Y destroces el quesito.

El gato echó la uña, (2 v.)
 Y se comió el quesito.

La pastora enfadada, (2 v.)
 Dió muerte a su gatito.

Y se fué a confesar, (2 v.)
 Con el padre Clarito.

Acúsome, Padre, (2 v.)
 Que he matado el gatito.

De penitencia te echo, (2 v.)
 Hoy mismo un rosarito.

Rosarito rezó, (2 v.)
 Y el cuento se acabó.

NOTA.—"Larán, larán, larito" se repite después de cada verso como está en la música.

La Isla de los Cruzados



RECUERDE: El Emperador de Joram, contrata al piloto Bill Barnes para que adiestre a sus pilotos. Sandy el más joven de todos es hecho prisionero por Elliot, quién trata de conseguir un sello de la India. Barnes lucha hasta rescatar a Sandy, causando la muerte de Elliot. Después de una lucha en el desierto libico con los aviones enemigos, se dirige junto con sus pilotos, a Port Sudán, donde se instalan cómodamente en el mejor hotel. Mientras tanto, Zboyan en Rodas, ordena a Popovich que si es posible mate a Barnes si sigue interponiéndose a sus planes. En Port Sudán, Bill recibe una invitación a una comida, donde es secuestrado por los hombres de Popovich y llevado a una casa de los alrededores. Bill trata de escapar, pero recibe un golpe en la cabeza quedando aturdido. Cuando vuelve en sí, Popovich trata de conseguir los sellos deseados, pero no obtiene nada; mientras tanto Bill estudia la manera como poder librarse de sus enemigos. y...

—Es usted un hombre de acción; verdad, Barnes? concedió Popovich. No pertenece usted a la categoría de hombres a los cuales se convence con palabras; usted sólo comprende un método; pues bien, lo tendrá.

Y se dispuso a ponerse en pie.

En aquel instante, el puño de

Bill, se estrelló en su mandíbula. Popovich salió disparado de la silla, produciendo un ruido formidable. Cuando Popovich se disponía a dar un grito, Bill se arrojó sobre él comprimiendo con fuerza sus dedos en la garganta, y aunque pudo impedir que gritase, no lo consiguió del todo.

Se abrieron al mismo tiempo las tres puertas de la estancia, para dar paso a algunos hombres; Bill trató de apoderarse de la pistola de Popovich, y cuando se disponía a sacarla, los recién llegados se arrojaron contra él, aplastándolo, de manera que en breve sus brazos y sus piernas se vieron aplastados contra el suelo. Oyó, sin embargo, la enfurecida voz de Popovich, que decía:

—¡Atadlo bien, pero cuidando de que no pierda el sentido. ¡Voy a obrar de tal manera, que deseará que otro y no yo estuviese encargado de darle muerte, y le obligaré a arrastrarse pidiendo perdón.

A las once de aquella misma noche, Shorty, Red, Beberley Bates y Cy Hawkins, se hallaban en el salón de la suite de habitaciones que ocupaban en el Hotel Simpson. Habían hecho algunos comentarios de la batalla aérea de aquel día y luego discutieron sus respectivas

tácticas y la mala estrategia de los aviones que los atacaron

Esta era una costumbre ya antigua en ellos, y gracias a ella mejoraban su propia eficiencia en el aire. Era la mejor manera de descubrir los errores que inconscientemente habían cometido.

Poco después de las once, Cy consultó su reloj y observó que Bill debía estar divirtiéndose en grande, porque de lo contrario no tardaría tanto en volver. No tenía costumbre de volver a hora tan avanzada; por otra parte no le agradaban las invitaciones como la de aquella noche y menos aún las diversiones que de ella emanaban. Estaba mucho más a gusto en su propio taller trabajando en nuevos proyectos o haciendo pruebas.

Les sobresaltó la aguda llamada del timbre telefónico. Miráronse uno a otro y esperaron a que Shorty contestase. Este tomó el receptor y esperó.

—¿El señor Hassfurth? preguntó una voz.

—El mismo.

—El señor Barnes me ha encargado llamar a usted. Soy Robertson, el mismo con quien ha cenado el señor Barnes. Me ha encargado decir a usted que todos tomen sus equipajes y pasen a bordo de sus aparatos. Ha cambiado de plan a consecuencia de ciertas cosas que ha averiguado, y quiere marcharse dentro de una hora.

—Bien, contestó Shorty lentamente. Haga el favor de permitirme que hable con el señor Barnes.

—No está aquí. Salió hace pocos minutos, para ir a bordo del transporte. El caso, es señor Hassfurth, que, al parecer, existe la intención de destruir sus aparatos es-

ta misma noche.

—Bueno, contestó Shorty. Gracias por su aviso.

Colgó el receptor y dió media vuelta.

—¡Andando! dijo. Ha llamado Robertson, el que ha cenado con Bill esta noche. Bill le encargó telefonar. Nos marchamos ahora mismo. Parece que averiguaron que existe un plan de destrucción de todos los aviones esta misma noche, y Bill quiere que vayamos a bordo inmediatamente con nuestros equipajes.

Todos lo miraron un instante y luego salieron presurosos hacia sus respectivas habitaciones. Cuando Red Gleason se disponía a hacer lo mismo, detúvose en el momento de cruzar la puerta.

—¿Cómo avisamos a Sandy? preguntó. Creo que ha ido a comprar un libro acerca de este país.

—Ya empaquetaremos sus efectos le contestó Shorty. Probablemente estará de regreso antes de nuestra marcha. Si no ha vuelto entonces, le dejaremos una nota. Y si no comparece, no tendremos más remedio que buscarlo. Como de costumbre debe andar curioseándolo todo. ¡Ojalá olvidase alguna vez su curiosidad!

Media hora después estaban ante la puerta del hotel, los equipajes de todos. Se acercaron dos taxis, y los tomaron, subiendo dos en cada uno de ellos. Sandy no había vuelto aún. Le dejaron una nota en la oficina y además advirtieron al telefonista que cada diez minutos, llamara a su habitación.

—Me gustaría saber si alguno de vosotros va armado de pistola, dijo Shorty a Red Gleason en el momento en que el coche daba la



Ropovich salió disparado de la silla.

vuelta a una esquina, dispersando en otras direcciones a tres perros callejeros.

Estaba inquieto por una razón que no podía explicarse.

—Yo no llevo ninguna arma, contestó Red. Usualmente al saltar a tierra en lugares como éste, no la olvido; no sé por qué la olvidé hoy.

—Es una imprudencia no ir armado, contestó Shorty.

—¿Tienes tú la pistola? le preguntó Red.

—No, contestó Shorty avergonzado.

El otro coche iba detrás y el suyo se detuvo ya en el muelle. Las luces del gigantesco transporte y de los cuatro aviones, resplandecían sobre las aguas del puerto.

Cuando se apeaban de los coches, media docena de hombres armados de ametralladoras y de cuatro pistolas automáticas, aparecieron como por arte de magia ante el para-

peto del muelle, y los hombres de Bill, se vieron amenazados por aquellas armas, antes de que se diesen cuenta de lo que sucedía.

Sus cuerpos se pusieron tensos, dispuestos a saltar, cuando oyeron la voz del jefe de los desconocidos, que decía:

—¡Manos arriba y acercáos! El primero que haga un movimiento sospechoso, recibirá un balazo en el corazón.

Todos levantaron lentamente las manos, pues no podían hacer otra cosa. La rabia impotente, los tenía silenciosos. Luego recibieron la orden de inclinar las manos hacia atrás, y uno de sus desconocidos enemigos se las ató.

Sabían que no era aquel el momento adecuado para empezar a luchar; ya se habían visto muchas veces en circunstancias parecidas, para no hacer ningún movimiento imprudente.

(Continuará)

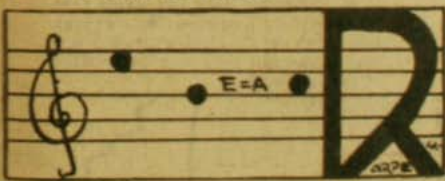
PASATIEMPO

El Zorro, por Arpe.

El guerrero, por Harán



- Z.— Arroz invertido.
- O.— Capital europea.
- R.— Nombre femenino.
- R.— Nombre masculino.
- O.— Ciudad de Chile.



jeroglífico, por Arpe.



Charada, por Cheche.



- 1.— Nombre femenino.
- 2.— Ave.
- 3.— Animal doméstico.
- 4.— Fruta.
- 5.— Nombre femenino.
- 6.— Corriente de agua.
- 7.— Nota musical.
- 8.— Exclamación.
- 9.— Color.
- 10.— Metal.

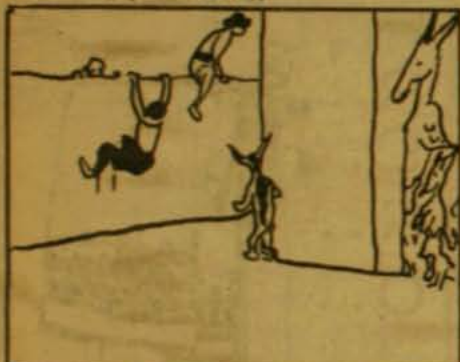
Don Coces y compañía



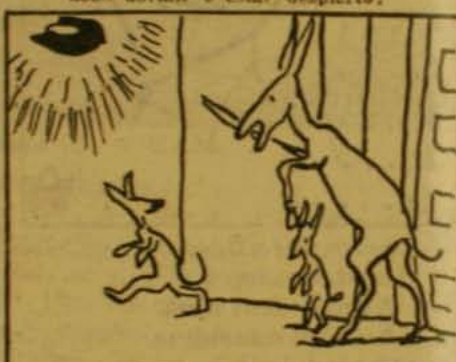
1. Don Coces y sus nuevos amiguitos, llegaron a las tapias de una buena, decidiendo dormir los pobrecitos, muy bien, lo que se dice a pierna suelta.



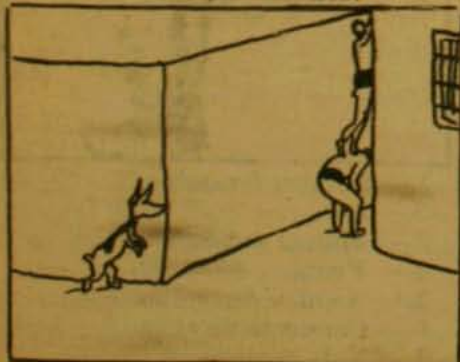
2. Pero "Chuchi", que ya todos sabemos, lo que vale, pues siempre está en lo cierto, dice: dormid vosotros y veremos, si yo debo dormir o estar despierto.



3. Y acertó, pues su guardia fue turbada, por unos malhechores que llegaron, sin saber que la casa era guardada, por "Chuchi" y sus amigos, que observaron.



4. Saltaron por la tapia los ladrones, sin sospechar que fueran vigilados, y Don Coces tomó sus precauciones, para dar su castigo a los malvados.



5. Saló uno de los perros de estampía, en dirección, al próximo poblado, mientras "Chuchi" en la tapia ¡buen vigía!, cumple el papel que le han encomendado.



6. Llega el perro al poblado en un instante, y busca lo que quiere, diligente. "Como era listo y dcho comediante, no llama la atención entre la gente.

suplen a la policía.



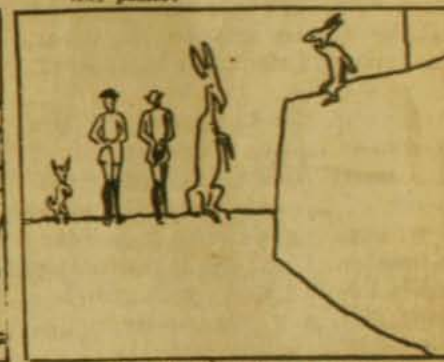
7. Busca que buscarás, por fin encuentra, la casa deseada con empeño, y a la guardia civil da buena cuenta, del parte de Don Coces, que es su dueño.



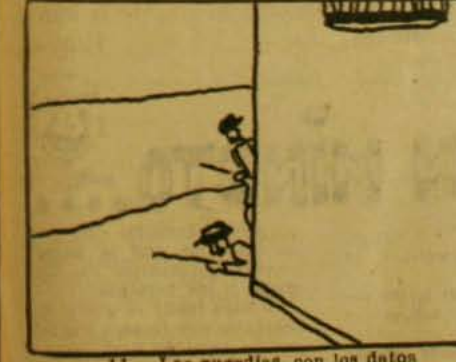
8. El sargento dispone que en seguida, acompañen los guardias al perrito, que va andando delante cual buen guía, muy ligero, pasito tras pasito.



9. Al llegar a la finca se detienen, y Don Coces se acerca presuroso, saludando a los guardias. Estos vienen, precisamente en un instante hermoso.



10. "Chuchi" desde la tapia les saluda, y les dice lo que ha estado observando, ofreciéndoles toda buena ayuda, en castigar a los que están robando.



11. Los guardias, con los datos que recogen, toman bien sus medidas, evitando, la posible sorpresa de que arrojen, por un balcón lo que vayan robando.



12. Mientras que los ladrones, confiados, después del robo reposadamente, un banquete se dan entusiasmados. ¡Ya veréis en el número siguiente!

EL
DE

Cuento de Elita

SUSTO DE CLAUDINA



Claudina, es una linda chica, muy alegre y está muy feliz con la llegada de un tío que ha viajado mucho y viene de lejanas tierras, no se cansa de oírlo narrar sus aventuras y está ansiosa de recibir el regalo que le ha prometido, y como es muy curiosa, ha mirado por la ventana de la habitación del tío en que se ven curiosos objetos, misteriosos paquetes y, sobre todo, un lindo cofrecito que desea sea suyo. Es hermosamente tallado y en los calados se ven destellos de nácar, que producen efectos de luces de variados colores.

Con impaciencia aguardó la hora de comida en que todos estaban en el comedor para entrar silenciosamente en la pieza, dirigiéndose al lugar donde había visto lo que tanto deseaba. Tomó el que estaba, pareciéndole distinto y más grande e impaciente por ver su contenido, apretó un botón que indicaba el cierre. Al abrirle dió un chispazo apareciendo una pequeña calavera.

Un agudo grito de horror se le escapó, dejando la caja; paralizada,

vió llegar a todos que habían acudido al oírlo, preguntando lo que había pasado.

Confundida confesó que estaba ahí por su curiosidad, asustándose de la sorpresa que tuvo e impulsivamente se excusó ante su tío, éste reía de buena gana y abrazándola le dijo:

—Ya has tenido tu castigo, curiosilla. Ahora para desvanecer tu mala impresión, te daré el cofre que tanto has ansiado.

Pero ante el gesto de repulsión de Claudina, le contestó:

—No es el que te ha dado el susto, pues lo saqué hace poco para tu padre, sino el que ya has visto, y sacándolo en seguida de un armario, lo abrió y ante la sorpresa de todos, apareció una lindísima bailarina al mismo tiempo que una suave melodía acompañaba los graciosos movimientos de ésta.

Loca de alegría, no sabía cómo agradecer a su tío el regalo y le decía:

—Con razón encontré el otro tan distinto. Ya no volveré a guiarme por la curiosidad, pues ésta no paga muy bien.

Feliz fué a recogerse y esa noche sonó con hermosos paisajes, bailando con la bailarina al son de la suave música.

ELITA



—¿Qué le pasa doña Sinfonía?

—Que el chico se ha tragado un proyectil y no puedo pegarle por temor a que estalle.

RIASE UN MINUTO....

Lamentable error.

El juez dirigiéndose al acusado:

—Se le acusa de haber roto una silla en la cabeza del señor.

—Sí, señor; pero conste que no le pegué con el ánimo de romperle la silla. Sólo me proponía romperle la cabeza.

—Oye, Tontolín, ¿a qué no sabes en qué se parece nuestro catedrático de caligrafía a un borracho?

—Bien fácil; en que el catedrático escribe esas y el borracho también hace esas.

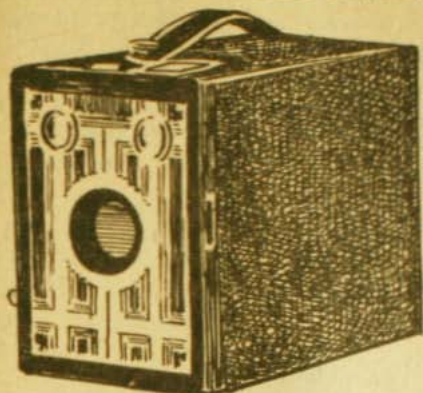
—¿En qué se parece un árbol a una chistera?

—Pues en que tienen copa.



Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD



Una máquina fotográfica marca "Brownie Junior 620", obsequio de la casa "KODAK".

5 Premios de	\$ 200
5 " "	100
10 " "	50

Cortes de casimir.
Baterías de cocina.
Medias.
Suscripciones semestral a "EL COLEGIAL".
Pelotas de futbol.
Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

Ríase un poco

—¿Cuál es el colmo de un tranviario?

—Quitar el trole del tranvía y ponerle una trola.

—¿Está bien así, caballero?

—Hombre... tenga la bondad de dejarlo un poco más largo.

—Te advierto, Luisito, que siempre que te pego me duele tanto como a ti.

—Sí; pero no en el mismo sitio.

—¿Es verdad que te has como tu solico una ternera?

—Verdád es.

—¿Y cómo has podido?
—¡Rediez! ¡A fuerza de pan!

—¿En qué se parece una botica a un puerto?
—En que tiene botes.

—¿Cuál es el colmo de un granadero?
—Que dé granadas de... dinamita.

—¿En qué se parece un camarero a uno que se hunde en el mar?

—En que el camarero está en la fonda y el otro en el fondo.



En una visita:

—Pase usted amigo, pase usted.

—¿No me morderá el perro?

—Eso justamente es lo que quisiera saber. Le he comprado esta mañana y desconozco sus costumbres.



Don Tranquilino responde...

Italo Cabona. (Santiago).— Has escogi-

do un tema verdaderamente bueno pero estimo que la manera de desarrollarlo es poco atrayente. To-
do es cuestión de empezar nuevamente y ver modo de hacerlo mejor. No desmayes.

Arma. (Curicó).— Te deseamos buena suerte en el sorteo de Navidad. Respecto a lo que dices de la serial, te daremos gusto cuanto antes. Pero deberás tener un poco de paciencia. El trabajito que envías se publicará en cuanto le llegue su turno.

Caco. (Santiago).— Por el momento es mejor que no envíes la serial que nos anuncias. Tu mano todavía no está capacitada para hacer un dibujo de gran aliento. Por ahora conténtate con enviar problemas que publicaremos con mucho gusto.

Cóndor. (Santiago).— De los trabajos que envías, prefiero el problema; el cuentecito resultaría sin interés para los demás "colegiales". Así, pues, se publicará el problema. Y muchas gracias por tus cariñosas palabras.

Tranquilino, (Santiago).— Mi querido tocayo: eres un campeón para escribir seriales relámpagos. Pero tú comprendes que con las seriales de la Redacción tenemos bastantes por ahora. Publicaremos gustosamente tus dos problemas.

Jass. (Santiago).— Muy bien trabajados tus dibujos y muy ingeniosos tus problemas. Los publicaremos lo más pronto posible.

El Tío Tranquilino

SOLUCIONES DEL N.º 33

La bailarina, *por Loader.*— Guillermo, Roma, Plata, Mapocho, Talcahuano, "El Colegial", Buey.

La casa, *por Chief.*— Luis, Africa, Cañón, Auto, Sol, Ana.

Jeroglífico, *por A. Roska.*— Cándido.

Jeroglífico, *por Arpe.*— María.

Jeroglífico, *por Alej.*— René.

PREMIOS A LA SECCION PASATIEMPOS N.º 33.

Se dió un premio de \$ 5.—: Loader, por su dibujo "La Bailarina" y \$ 5.— a Chief por su dibujo "La casa".

Mercieron premios de \$ 5.— Cristina Ceballos King, Jofré 365, Santiago; y \$ 5.— a Liceo Juan Bosco, Avenida O'Higgins 2303, Santiago.

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 30 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

CUPON N.º 24

SUSCRIBASE A

"EL COLEGIAL"

ASEGUANDO ASI SU NUMERO
PARA LA COLECCION

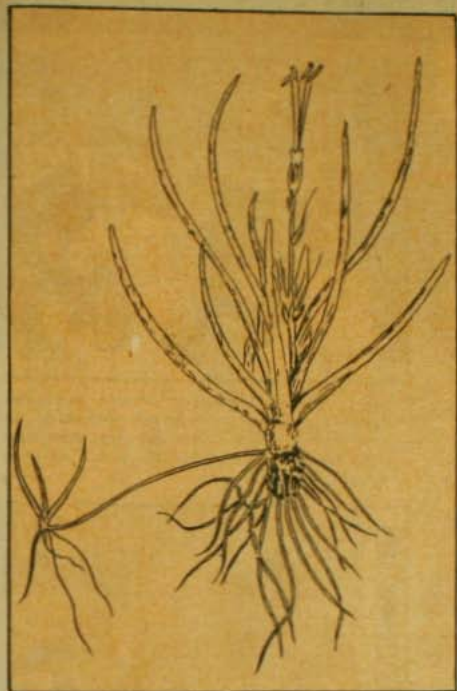
Oficinas Diez de Julio 1140.—Santiago.

\$ 50 al Año.

\$ 25 medio Año.

Puede llamar al teléfono 85152 para que pasen por su casa por el valor.

Los que se suscriban en el mes de Diciembre, por un año, se les regalará la colección desde el primer número.



LITORELLA AUSTRALIS

Pertenece a la flora antártica de nuestro país. Se encontró a orillas del lago Panguipulli, allá por el año 1850, y sólo hace pocos años atrás fué observada nuevamente a orillas del lago Buenos Aires. Cayutúe y Todos los Santos, Rupanco y Nahuel Huapi, donde forma densos céspedes. Es una planta perenne, de 4 a 6 centímetros, cubierta por el agua la mayor parte del año. Numerosas raíces largas y gruesas la fijan al suelo arenoso. Hojas son ligeramente arqueadas, reunidas en roseta radical. De su inflorescencias; posee flores femeninas y centro se desprenden generalmente varias masculinas. La multiplicación es sexual; también se propaga la Litorella, por tallos o estolones.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

LOS ESCARABAJOS

Los escarabajos o coleópteros son insectos masticadores, con metamorfosis completa; el primer par de alas está transformado en élitros, que sólo dejan al descubierto dorsalmente el escudete o protórax muy diferenciado. Entre las formas más conocidas por sus hábitos carnívoros, están las cichelidas y los carabos; por sus costumbres acuáticas están los grandes escarabajos negros, que son vegetarianos así como los brillantes escarabajos que en la superficie de las aguas tranquilas, describen rápidos giros en los días soleados que iluminan su bruñido cuerpo; entre otras especies de interés, están los escarabajos sagrados de los egipcios o "peloteros", por depositar los huevos en una bola de estiércol que el animal transporta.



TITA Y PERIQUIN



1. ¡Vamos, Tita, debemos apresurarnos para llegar a tiempo con estos fuegos artificiales que debemos quemar en el santo de papá! exclamó Periquín saliendo de la juguetería.



2. ¡Qué lástima que se nos acabaran nuestros ahorros, para haber comprado un lindo regalo! dijo Tita. En ese momento pasó un señor apuradísimo y se estrelló contra un cohete...



3. ¡Chiquillo de moledera! exclamó el caballero furioso al sentir estropeada su nariz. Y para castigar a Periquín lanzó un violento puntapié a la caja que contenía los voladores.



4. Todos los objetos saltaron por los aires con gran pena de Tita y Periquín que veía fracasada la fiesta de voladores. Uno de los grandes cohetes japoneses cayó dentro de la pipa.



5. En ese mismo instante el caballero cascarrabias le daba una chupada a la pipa y el cohete reventó con gran violencia y dejó al descubierto a un famoso ladrón del Centro...



6. El guardián del punto reconoció al malhechor y en el acto lo tomó preso, mientras entregaba una bolsa con dinero a los dos hermanos.—Es el premio ofrecido por la captura del "Cara de Concreto".